

lorosa: abrazóse de él su hijo D. Gilberto; despechado tomó una pistola para matarse; pero los que le acompañaban le ofrecieron poner en el punto más peligroso para vengar la sangre de sus padre; esta oferta le calmó un tanto, y marchó luego á desatar su furia sobre sus enemigos.”

“Luego que murió Riaño se cerró la puerta de la Alhóndiga: se dividió su guarnición y ocupó las ventanas y puertas de la hacienda de Dolores, desde cuyos puntos hacia un fuego vivo y estragoso en todas direcciones. Entonces los americanos comenzaron á dar barrenos en una esquina del edificio para penetrar por el caño principal, é introducirse en el interior. Aquí mostraron el vigor de unas tropas familiarizadas con el fuego y los combates más arduos, así como el pueblo su más exaltado patriotismo. El general Hidalgo convencido de la necesidad de penetrar en lo interior de Granaditas nada omitía para conseguirlo. Rodeado de un torbellino de plebe, dirigió la voz á un hombre que la regenteaba y le dijo... *Pipila... La patria necesita de tu valor... ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhóndiga?*... La empresa era arriesgada, pues era necesario poner el cuerpo en descubierto á una lluvia de balas; *Pipila*, este lépero comparable con el carbonero que atacó la Bastilla en Francia, dirigiendo la operación que en breve redujo á escombros aquel apoyo de la tiranía, sin titubear dijo que *sí*. Tomó al intento una losa ancha de cuartón de las muchas que hay en Guanajuato; púsose sobre la cabeza afianzándola con la mano izquierda para que le cubriese el cuerpo; tomó con la derecha un ocote encendido, y casi á gatas marchó hasta la puerta de la Alhóndiga, burlándose de las balas enemigas. No de otra manera obrara un soldado de la décima legión del César reuniendo la astucia al valor, haciendo uso del escudo, y practicando la evolución llamada de la tortuga... *¡Pipila!* tu nombre será inmortal en los fastos militares del valor americano; tú, cubierto con tu losa, y armado con una tea, llamarás la atención de las edades venideras, y recibirás el voto que se merece el valor denodado: quisiera tener la pluma hermosa de Plutarco para parangonarte con uno de sus héroes; recibe, sin embargo, mi

pobreza, y el voto de mi corazón agradecido.—(1)

“Los españoles se defendieron en esta vez desesperadamente. Ellos arrojaban los frascos de hierro colado, en lugar de bombas que hacían espantoso estrago: mas como notase el sargento mayor Berzábal que ya se habían lanzado hasta quince de ellos sin lograr que los asaltantes retrocedieran, comenzó á exhortar á los españoles á rendirse. Entonces, de éstos unos arrojaban dinero por las ventanas sobre la multitud, otros abandonaban las armas, otros querían morir antes que entregarlas; quien tiraba la casaca; quien, se empeñaba en desfigurarse por no parecer soldado: todo era entonces confusión y desorden, no había quien mandase ni quien obedeciese; cesó por tanto la defensa del fuerte, y á poco cayó muerto Berzábal de un balazo; desgracia que se atribuyó á uno de sus soldados resentido porque lo había reprendido. Con gran trabajo se hizo entonces bandera de paz, bien que todavía no ardían las puertas del fuerte en el que cesó el fuego de fusilería. Por tanto se arrojaron á él los indios dándolo por rendido. Ignoraban los españoles de Dolores esto que pasaba en Granaditas, y continuaban disparando vivísimamente. El hijo del intendente sin poderlo contener, hacía por sí mismo gran daño arrojando frascos: á vista de esto gritaron todos como si los inflamase un mismo espíritu, *traición!... traición* y los jefes dieron orden de no otorgar la vida á nadie. Arrimaron más ocote á las puertas, y las ganaron á viva fuerza á las tres y media de la tarde. La algazara era espantosa, y se oía en todo Guanajuato, multiplicándose su eco por las quiebras y cañadas: esto no menos que la humareda y alaridos de la multitud, acabó de acobardar á cuantos se hallaban dentro del fuerte. Abrazábanse unos á otros de los sacerdotes, puestos de rodillas, implorando inútilmente la clemencia de los vencedores; pero éstos, muy lejos de apiadarse, comenzaron á matar á cuantos encontraban; arrancaban á tirones la ropa á los moribundos, ó les echaban lazo al cuello con las hondas, y remataban á no pocos á lanzadas, ex-

(1)—No se olvide lo que dijimos acerca de *Pipila* en la nota de la pág. 57.

halando éstos sus últimos suspiros entre horribles gestos, mortales congojas y agudos alaridos. Algunos intentaron defenderse, ó vender á precio alto su vida; pero eran vencidos luego por la muchedumbre que los cargaba. Los de la hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa que cae al puente de palo; pero cuando iban en las caballerizas la echaron abajo los indios, y allí comenzó de nuevo la matanza. Refugiados los más en la noria hicieron maravillas de valor; Iriarte, aquel Iriarte encargado por Riaño para observar los pasos del Cura Hidalgo, mató como diez y ocho hombres: otros se arrojaron al profundo de la noria, donde murieron ahogados, buscando en esta clase de muerte el alivio que no les permitía encontrar el acero ó la maza de sus airados enemigos.”

“A las cinco de la tarde terminó la acción, en la que murieron ciento cinco españoles, y casi igual número de oficiales y soldados del batallón. De los indios murieron muchos en casi cuatro horas que duró el combate que sufrieron con bastante carencia del fuego: ignórase el número porque los enterraron en la caja del río durante la noche, y sólo parecieron cincuenta y tres que se enterraron á otro día en la parroquia, y unos cuantos en San Sebastián.”

“Basta por ahora: la pluma cansada de escribir tantas atrocidades se entorpece: démosle una corta tregua, y sólo lamentemos la imprudencia de aquel castillo y de los que dieron la voz de... *morir ó vencer*, y compadezcamos una ceguera tan fatal que trajo tantos males sobre nuestra América. ¡Oh! si Guanajuato no hubiera rompido esta lid!... ¡Si se hubiera conducido con cordura!... ¡Si los españoles hubieran calculado el estado de sus fuerzas, su impotencia para contener el curso rápido de una nación que reclamaba con tanta justicia su libertad, qué diferente fuera nuestra suerte! Romper con un pueblo, muy poco cuesta: pero reconciliarse con él, restaurar y consolidar una amistad borrada por el odio... establecer una relación íntima de hermanos, y tornar á amigos y enemigos en una sola familia, es cosa difícilísima; tales fueron las reflexiones que debieron hacer los que fueron requeridos con la paz.”

“Como yo he visitado estos lugares, la relación que aca-

bo de hacer á Ud. dejó grabada en mi alma una sensación dolorosísima y profunda luego que la escribí: tan cierto es que la imaginación domina la mayor parte de nuestros afectos y sentimientos. Sorprendióme el sueño meditando sobre ella, y se me figuró que veía entre aquellos cadáveres y miembros palpitantes, á los genios de *Cortés*, de *Alvarado* y de *Pizarro*, que se mecían despavoridos observándolos, y que lanzándose llorosa sobre ellos la América con voz terrible les decía....¿De qué os horrorizáis á vista de estas víctimas? habéis olvidado las crueles matanzas que hicisteis tres siglos ha en Tabasco, en *Cholula*, en el templo mayor de *México*, en *Cuernavaca*... Han desaparecido de vuestra memoria las ejecuciones de *Cuauhtemoc*, á quien quemasteis vivo! ¿El arresto de Moctezuma á quien debiendo la hospitalidad más generosa, y que os cargase y abrumase con el peso de innumerables riquezas y tesoros, prendisteis en su mismo palacio, violando el sagrado derecho de la hospitalidad y por último la quitasteis á puñaladas la vida? La tortura en que pusisteis, á Cuatimoc, último monarca de este imperio, para que os diese el tesoro de su predecesor? Ultimamente habéis olvidado que lo horcasteis en Acatlán juntamente con otros monarcas ilustres, sin más causa que deshacerlos de ellos, hecho de que os acusó vuestra misma conciencia, y por el que estuvisteis desabrido por muchos días?... Ignoráis, acaso, que en la balanza del gran *Teotloquenahuaque* [1] se pesaron estos crímenes, y que reservó su venganza para mis abatidos y esclavizados hijos, después de tres centurias de años?... ¡Ea! sus!... girad ya en torno del universo, y anunciar á los sangrientos conquistadores la escena que habéis presenciado: decirles que sean justos, que respeten á los pueblos inocentes, que no sean agresores ni abusen de su miseria y docilidad, pues...”

De esta suerte sus crímenes injustos
Castigados serán, tanto por tanto,
Sangre con sangre, llanto, en fin, con llanto.”

(1) Lo mismo que el Dios por quien vivimos, somos y nos movemos, criador omnipotente de todas las cosas.—Nota de Bustamante.

Dada la idea de lo principal del ataque de Granaditas, es ya tiempo de descender á algunos pormenores, que dan el último funesto colorido á este cuadro.”

“Muchos de los prisioneros salieron vivos, pero en cueros y sólo apareció entre ellos vestido el capitán Paláez que tuvo arte para hacer creer á sus aprehensores que el Sr. Hidalgo lo quería vivo, y había ofrecido 500 ps. al que se lo presentase de este modo: así es que por recabar el premio lo cuidaron mucho. Si entonces hubiera muerto, no nos hubiera hostilizado después altamente. Tal es la recompensa que hemos recibido de muchos ingratos de esta calaña para quienes el perjurio ha sido una bagatela despreciable. Es inútil referir circunstanciadamente quienes fueron los principales heridos: basta decir que si éstos escaparon en lo pronto de la muerte, no escaparon de la prisión; merezcamos una memoria el ascético europeo *D. José Miguel Carrica*, á quien, cuando lo desnudaron los indios, le hallaron el cuerpo ceñido con fuertes cilicios, hecho que les hizo arrepentir de haberle dado muerte, verificándose en él lo que el poeta dijo en estas sencillas palabras. . . *Nulla salus bello: este azote de la cólera del cielo se rebata á lobos y corderos.* *D. José Valenzuela*, natural de Irapuato, mostró tanto valor, que habiéndose quedado á caballo fuera de la Alhóndiga, recibió un garrotazo de los indios sobre quienes descargó sus pistolas; tiró del sable con el que mató á muchos: subió y bajó tres veces la cuesta de *Mendizábal*: sus enemigos metiéndole dos lanzas bajo de los sobacos, lo arrancaron del caballo, y viendo que ni aún así se rendía, lo llevaron preso y exhaló su último aliento en el camino, repitiendo con todo esfuerzo. . . *¡Viva España!* Este hombre hubiera muerto como los héroes de Homero si no hubiera consagrado y perdido su vida en defensa de la más injusta de las causas. Un indio sobre quien se lanzó un frasco de hierro colado, aunque había visto el estrago que esta clase de bombas hacía sobre sus compañeros, se abrazó de él y comenzó á tirar con los dientes de la espoleta alambrada para que no reventase. Inútiles fueron sus esfuerzos, porque el frasco reventó y lo hizo mil pedazos; mas esta desgracia no acordó á sus compañeros que decían confiadamente y con la

serenidad de un festín. . . no hay cuidado. . . atrás vienen otros. . . Este pasaje semeja en nuestra historia al ocurrido en 5 de Julio de 1775, en *Charles Town*, en que un miliciano artillero á merced de igual diligencia salvó la vida de cuatro milicianos. Grabémosla en los fastos de nuestra gloria por mano de la libertad como ejemplo memorable y nada común del valor que supo inspirar á sus compañeros este indio benemérito, y como prueba de que los americanos á la vez son tan valientes y decididos como los decantados europeos.”

“Los cadáveres de éstos que yacían en la Alhóndiga, se condujeron desnudos llevándose los entre cuatro, asidos de los pies y de las manos, y á algunos arrastrando hasta el camposanto de Belén, donde se enterraron sin mortaja ni vestimenta alguna; sólo hubo una muy corta para el Sr. Riaño que apenas le llegaba á la espinilla: ni era posible hacer otra cosa en aquellas circunstancias. El furor de los indios era tal, que peligraba la vida del que hacía la menor demostración de duelo. A una mujer le dieron una cuchillada en la cara, tan solo porque á la vista de un cadáver gritó despavorida. . . ¡Ay, pobrecito!

“Tal suerte cupo al Sr. *D. Juan Antonio Riaño*, intendente de Guanajuato, uno de los primeros intendentes de la creación de Gálvez, y de los magistrados más recomendables que ha venido á la América. Reunía á un fondo de sabiduría y literatura la más delicada, otro de rectitud á toda prueba y digna del siglo de Catón. Su casa era una academia donde se formaban sus hijos y sus amigos. En aquel santuario del honor, jamás penetró el oro corruptor, ni hizo bajar el fiel de la justicia que siempre administró con misericordia. Riaño era popular, sencillo, modesto y accesible á todo miserable. El fué el primero que introdujo la policía frumentaria en Valladolid y Guanajuato, y con ellos la abundancia. El hizo efectiva la teoría de Jovellanos, y á merced de la liberalidad de sus principios el monstruo del hambre quedó ahogado cuando asomaba su deforme cabeza sobre Michoacán. Páguese, dijo, á veinte pesos carga de maíz, aún á los que piden diez por ella, y el interés individual excitará á tantos, que

cada uno sacará á luz la semilla que oculta: así se hizo, y de esta ocurrencia resultó una inopinada abundancia, sin que fuese necesario que el brazo del Gobierno rompiera las trojes y alfolís que ocultaban las semillas. El, el que modeló la bellísima Alhóndiga de Granaditas, donde se hallarían las gracias de la más hermosa arquitectura, si se perdiesen en la América. El Sr. Riaño veía en grande, y desde su gabinete sujetaba con su crítica exacta á un menudo examen á toda la Europa. Previó la suerte de este continente: fué víctima de su honor militar, y murió por el que le pagaba, como los suizos. Puesto á la cabeza de la administración pública en cualquier ramo, habría formado la dicha de su nación. Tamaño astro estaba colocado fuera de la órbita sobre que debía girar. Amó á los americanos, y como conoció sus derechos, fué el único jefe que en la lid de nuestra libertad se ajustó á los principios del derecho de la guerra y de gentes, y no los vió como á gavillas de asesinos y bandidos. Llore, pues, la América sobre la desgracia de un hombre tal, y sienta mucho que el pedestal augusto de sus triunfos esté zanjado sobre los restos y cenizas de un varón tan respetable. Para que nada falte á tan fiel retrato lo concluiré diciendo, que la naturaleza le dió á par de un grande ingenio un bello personal: su gesto y modo airoso anunciaba la linda alma que lo animaba.”

“Junto al cadáver del intendente se hallaron once más: pero todos desnudos: lo mismo estaban en otros cuartos de la Alhóndiga otras personas heridas, esperando por momentos la muerte: algunas se acurrucaron bajo de algunos muertos, y á merced de tal ardid salvaron la vida.”

“Mientras esto pasaba en Granaditas, se ejecutó el saqueo en las tiendas de ropa, vinaterías, casas y haciendas de platas de los españoles, operación que duró hasta el sábado por la mañana, en que por bando se mandó con pena de vida que cesase; pero ya era tarde, y á pesar de la orden siguió en varias partes. En la noche del viernes no se oían más que hachazos para derribar puertas, barriles que rodaban, y tercios ó fardos de todas clases que pasaban por las calles. Descubriase multitud de gente en

ellas con ocotes bebiendo con la mayor imprudencia. Entre diez ó más personas abrían un barril, y saciados y beodos derramaban el licor restante, ó botaban los frascos llenos. Mi pluma no acierta á pintar el ruido tumultuoso y los gritos del *quién vive?* la pestilencia de orines y licores. En este conflicto que apenaba el corazón del hombre más apático, se anunció fuego por Belén: multiplicóse la grita y congoja de los ciudadanos á un punto indecible, pues creyeron que todo Guanajuato se abrasase; mas quiso Dios que sólo fuese una casa quemada entre Belén y la Alhóndiga, y que el incendio se cortase con oportunidad. Al amanecer el sábado, la ciudad estaba inconocible. Treinta y cuatro tiendas ya no existían ¿qué digo? hasta sus mostradores y armazones habían desaparecido. De las casas de los europeos estaban quitadas hasta las chapas de las llaves, vidrieras y balcones: una tribu de apaches no hubiera taládolo con más ferocidad. No se veía en la calle ni una persona decente, ni más objetos que gente armada: la voz de *muerte* se repetía por todas partes, y á presto de buscar españoles se entraban en las casas; no obstante, aunque sacaron á muchos de ellas se contentaron con apresarlos sin hacerles mayor daño. De este modo trajeron á los de Valenciana y otras minas, donde igualmente hubo saqueo.”

“En este día se vendían á precios muy ínfimos los efectos más preciosos. Dábanse barras de plata á doscientos pesos: tercios de paño, por seis: de cacao, por cuatro: barriles de aguardiente, por cinco: peso de plata por seis reales: onzas de oro, por menos cantidad, pues á los indios les era desconocida esta moneda.”

1810 — 28 de Septiembre [n]

Copia de un documento del año de 1810, sacada del

[n] Volvemos á recordar que este signo debe traducirse por *nueva* é indica que la efémeride que lo lleva, aparece hasta la presente edición; por consiguiente, todas las que lo tengan constituyen la adición con que se aumenta la obra.—*Nota del Editor.*

original que tiene Doña Juana Díaz Sánchez y Mendoza.

"Sra. Doña Gertrudis de Aedo de Larrazábal.

Urgente.

"Acaban de matar al Intendente Reaño de un balazo que le dieron en la cabeza y estamos muy afligidos porque no hay persona que pueda mandar este fuerte; de los que estamos encerrados unos quieren que mande Dn. Diego Velázquez, otros que el capitán Palencia, y yo y D. Juan y Mendizábal queremos que mande Ortuño, no sé qué sucederá."

"Hay muchos indios rodeándonos, el cerro de enfrente está coronado de indios y aunque tenemos mucho parque y comestibles, ya se están acobardando todos por la muerte del Intendente, hay confusión y alarma. Yo creo que si se nos meten al fuerte nos matan á todos, porque somos muy pocos y los indios muchos, muchos."

"Tengo presentimiento de que me van á matar, y te escribo esta carta para recordarte lo que te dije antes de anoche antes de venirme al fuerte: de mis negocios ya sabes todo lo que me traje, en el baulito negro, todas tus alhajas y las otras onzas y escudos, de lo que estoy muy arrepentido. Algunos quieren hacer agujeros en el patio ó en otras partes para enterrar alhajas; pero yo les digo que esto es ya inútil, porque si entran los indios son muy maliciosos, yo los he visto, se encuentran las señales de los hoyos y escarban y sacan todo."

"Ya te dije que en el secreto de la pared de la recámara que dá al comedor quedaron diez mil pesos completitos, y que en el de arriba, que está en la pared de la sala, hay cerca de veinte mil, como diez y nueve mil ochocientos, y si me matan aquí, que es lo que sucederá, porque nos hemos quedado luego sin cabeza que dirija bien la defensa, puedes mantenerte, primero, con lo de la caja blanca que está debajo del camapé negro y encarnado, en mi cuarto; luego sigues con lo de la pared del secreto chico, aunque está más fácil de sacarse el dinero que está en el grande de la sala; pero procuras hacer todo con Rosales y que no lo sepan los dos mozos, ni las dos criadas menos, y sacas el dinero poco á poco y hasta que la necesidad te urja mu-

cho, mientras ves que haces para vivir, porque está el Reino muy revuelto ya y peor que se vá á poner en nuestra contra: ya se lo había yo escrito al Sr. Virrey y no quiso creerme."

"El Cura es hombre vivo y astuto, y ahora tiene que ser audaz porque en perdiendo le cuesta tal vez la vida, por su gran temeridad de la voz de rebelión contra España."

"Si me matan avísales á mi hermano que está en Santander, y al tío que ha de estar ya en Madrid, para que ellos vengan y te recojan y te lleven á España, si el Reyno sigue revuelto como vá á suceder; dicen que los indios vienen decididos á morir matando: ya vez que han entrado á San Miguel el Grande y á Celaya y desde la hacienda de Burras nos han intimado ayer de rendición ó muerte."

"No vayas á decirle á nadie de la mina que me hallé en el mes de Febrero de este año en el cerro de las 'Tusas,' y que ya dicen de Marín Sánchez; ya te dije antes de anoche que tapé yo el día 8 de éste la boca de la mina y que me ayudaron á rodar las piedras y la tierra tu tío Cruz Aedo, Fermín y Luis Amézcuca, que son los únicos que me acompañaron siempre que fui á ese cerro; te dije que la boca—mina está tapada con una cruz de palos de mezquite muy gruesos, luego echamos tierra, nopales y palos chicos, piedras chicas y una muy grande como huevo está puesta en la orilla de señal, cerca del calicantito que eché en las aguas, cerca del arroyo para que no se metiera el agua, del lado donde se mete el sol y por la tarde entra hasta dentro; está á media ladera, cerca de un montecillo, único que hay porque todo el cerro está muy escarpado y el montecillo es de huizaches, casahuates, nopales y uno que otro fraile que hay; ya te advierto que sólo ellos saben bien el camino y te mando que no destapen la boca de la mina porque está el Reyno muy en nuestra contra."

"Si te vas á España con mi hermano no vuelvas, vendes todo lo que puedas y te callas de la mina hasta ver como se pone después el Reyno."

"Ya hay mucha bulla y confusión, todos quieren mandar. Adiós te dice, tal vez para siempre, tu marido que pronto cree lo han de matar.—*Fernando de Larrazábal.*"

Ya están haciendo agujeros en el patio para esconder las alhajas y los indios gritan mucho afuera." (1)

1810.—28 de Septiembre. [n]

Debido á la amabilidad del finado Sr. Lic. D. Manuel Téllez Sardaneta, publicamos el siguiente relato que copiamos cuidadosamente de un autógrafo que nos facilitó, escrito, probablemente, por un P. Dieguino, testigo presencial de los acontecimientos que se narran.

El papel, ortografía y forma de letra garantizan la autenticidad, aunque ignoramos por qué el autor suprimiera su nombre, el que hemos procurado aclarar empeñosamente, confrontando la historia, sin conseguirlo hasta la fecha.

"Satisfago á los deseos que tiene Ud. de una relación cierta de lo sucedido en Granaditas el día 28 de Septiembre de 1810."

"Primeramente toda la reunión y fuerzas estaba reunida en la Plaza mayor, las bocacalles con fosos y estacadas, y sus respectivas guardias. Por Sta. Rosa, Valenciana, camino de San Miguel, y demás puntos que cercan la ciudad, abanzadas bastantemente respetables; por la noche rondas de á 16 hombres de á caballo. Hubo varias consultas en el Cabildo sobre la mayor seguridad, y entre diversos pareceres prevaleció el del Sr. Intendente con algunos otros que se le agregaron, de que en Granaditas sería la reunión, y que allí mandaba llevar el tesoro, y que todos los vecinos que quisieran podían llevar sus intereses.

Cerrados ya los fuertes y no habiendo quien diera consejo porque en todas partes nos anunciaban peligro de muerte, ó queriendo menos quedar prisionero, tomé el partido de irme á dicho fuerte. Entre 8 y 9 de la mañana del mismo día 28, cuando acababa de salir Abasolo de entregar

[1] El finado Señor Lic. Dn. Manuel Téllez Sardaneta tuvo la bondad de facilitarnos la copia del anterior documento, que tomó del original que obraba en su poder, el que obtuvo de la Sra. Dña. Juana Díaz de Sánchez y Mendoza, cuando se trató de arreglar el asunto de la mina del cerro de la Tusa, á que este documento se refiere.—Nota del Editor.

el pliego, entré yo. Abasolo se fué luego y dejó á un soldado suyo que llevara la respuesta. Lo que contenía el pliego era la proclamación del Cura en Celaya por más de cincuenta mil americanos, y que á nombre de la Nación se pretendía la independencia, y recoger á los ultramarinos, y sus caudales, etc."

"Como á la hora dió orden el Sr. Intendente para que todos, sin exceptuar eclesiásticos, subiésemos á las azoteas. Se paró el batallón de ultramarinos y criollos, y formados en filas se nos leyó el pliego, y preguntando por tres ocasiones qué respondían; y todos á una voz dijeron vencer ó morir. Después se le hizo saber al batallón, y con entusiasmo dieron la misma respuesta. Se les dió música y empezaron los vivas por España. Observamos que los dos cerros de San Miguel y el Diablo, que estaban poblados de gentulla, nos correspondían tirando los sombreros por alto; pero como no se oían sus voces tampoco pudimos comprender hacia quien se dirigían sus vivas. No obstante que ignorábamos sus intenciones, se les dió señales de agradecimiento."

"Serían las 11 cuando el Intendente mandó al Batallón bajase á comer, y apenas habrían empezado, cuando se tocó á la generala por unos diez ó doce indios que entraban con lanzas por la calzada, y al llegar á una especie de plaza que hay entre Belén y Dolores, les gritó por tres ocasiones se contuvieran, y no obedeciendo, mandó á su hijo, que comandaba esta estacada, diera fuego, lo que ejecutó con violencia; pero como estaban cerca de Belén, corrieron y los libertó la esquina, y sólo pereció un pobre que estaba posado en una puerta de aquellas casitas. Cuando sucedió esto yo estaba á su lado."

"Poco antes que se divisara el ejército del Cura, vimos bajar de Valenciana y Mellado bastante número de gente con banderilla blanca, y tomaron el camino por la Cañada abajo, que iban seguramente á reunirse con su tata Cura. No se tuvo más novedad hasta cosa de las doce."

"Como á estas horas vimos sobre el cerro de San Miguel el ejército americano que, según se advirtió al descubrirse, subieron por la presa de la cañada ó de Rocha, y baja-

ron por San Juan. Desde una esquina de la azotea de Granaditas los ví entrar en la plaza, y luego que empezaron los golpes en las puertas de las tiendas, empezaron también las piedras y alguna otra bala desde el cerro del Diablo. Yo seguí todavía en la azotea, porque seguramente desde la cumbre del cerro no nos alcanzaban ni las piedras ni las balas; y sin embargo de esto desde la azotea no ví dar fuego por los nuestros, y sólo ví que se diera desde las estacadas. Los de arriba seguramente no daban fuego porque los tapaban las casas, ó tal vez por no hacer alguna avería en los que teníamos defendiendo las estacadas. Lo cierto es que por más de tres horas sostuvo fuego granado la tropa que teníamos en las bocacalles; pero la de adentro yo no ví que diera fuego, ni que sirviera de nada en las azoteas más que de recibir pedradas."

"Por una y otra parte estaba terrible la batalla, y entre una y dos de la tarde teníamos como 20 heridos, siendo solo de bala Don Pedro Telmo y Don Pedro Bustillos, porque éstos estaban en las estacadas: estando el capellán y yo confesando algunos heridos, dieron el grito: el Santo Oleo para el Sr. Intendente: fué el Capellán y al cuarto de hora ya estaba en la eternidad. Su eficacia le trajo la muerte, pues lloviendo como llovían las piedras, salió para una de las estacadas, (no sé á qué disposición) y apenas habríá andado de cuatro á seis pasos, cuando desde una ventana le dieron con tal acierto un balazo en la cabeza, que hasta los cesos hechó por las narices, se la hicieron pedazos. Su muerte nos consternó bastantemente y fué causa que todos desconfiaran de la victoria, y por esto desampararon las azoteas y se bajaron á sus cuartos."

"Ya aquí se trató de pedir paces; el primero que subió con la bandera, fué Don Bernabé Bustamante, á quien actualmente estaba yo confesando, no por herido, y sí porque esperaba (como todos) la muerte. No hicieron caso y subió por segunda un Padre con bandera y Santo Cristo, tampoco la concedieron, pues como no paraba el fuego de las estacadas, y Dolores, creyeron seguramente que era cautela para cogerlos juntos y hecharles los frascos. O tal vez sería maldad de algunos perversos. Viendo la renuen-

cia en conceder la paz, se les tiró dos talegas que yo mismo las ví, y esto á fuerza de súplicas. Se tiraron algunos papeles pidiendo paz: pero no alcanzando ya diligencias, se trató de poner un oficio al Cabildo para que á nombre de todos suplicara la paz. No hallaba quien se resolviera á llevarlo, porque no había más arbitrio que descolgar á uno por una ventana que mira hacia Dolores. Hecharon mano de mí, y á fuerza de súplicas recibí el oficio, me lo metí en capila, y al mirar una altura como de 20 varas y que llovían las piedras y algunas balas, no me resolví á bajar, creído que indispensablemente moriría, porque no habían de creer que era Padre, sino cautela de poner el hábito á cualesquiera. No faltó quien hiciera este sacrificio de los del batallón, se amarró y descolgó y por más que se gritaba que no lo mataran, ya llegó muerto abajo."

"Mirándonos ya sin remedio, porque nos ganaron la estacada que caía al campo Santo de Belén, y que prendieron fuego á la puerta, se tiraron á lo desesperado los frascos; pero como éstos cayeron afuera, no ví el estrago que hicieron. Se formó en filas el batallón y demás señores que estaban dentro para recibirlos en la puerta á bala de cañón; pero no pude saber de donde vino el que se dejaran las armas y con esto todos se retiraron á los cuartos de arriba. A poco, sin saber cómo, entró el hijo del Intendente todo herido y bañado en sangre: en esta ocasión estaba yo cargado sobre la barandilla de los corredores, y luego que lo ví salí á recibirlo, se le metió en su cuarto, y no tuve lugar más que de darle la absolución, porque me gritaron que ya entraban."

"A una voz me dijeron todos, bajara yo por delante suplicando les perdonaran las vidas. Bajé el primero, y Costilla, con otros tres agarrados á mi cuerda, y de ahí me seguían los más. Al bajar el último escalón entró el tropel de gentes, y sin atender al sacerdocio, ni á las súplicas, me dieron un garrotazo en la cabeza y otro en el hombro, y, aunque bañado todo en sangre, no me privé y así pude observar lo que sucedió y los destrozos que hubo."

"Con mil trabajos y peligros entre la multitud de la gentalla, pude tomar un cuarto, enfrente de la escalera, y

desde allí ví cómo los agarraban y mataban á puñaladas, garrotazos, y algunos los pasaban con sus mismos sables y espadas.”

“Los veía desnudar después de muertos y algunos aún no acababan de espirar cuando ya estaban encuerados. En la misma pieza se libertó un hijo de Dn. Bernabé Bustamante, salió herido, y ahora va en el ejército del centro.

“Si le quieren decir á Ud. que hubo fuego en este lance, diga Ud. que es mentira; pues ni por los nuestros, ni por los insurgentes se disparó un tiro, ni la apretura de la gentulla que no cabían parados, lo podía permitir. Ni me nos crea Ud. que entró Allende mientras duró la safacoca. Buen cuidado tendría él de no meterse en una bola, en donde los más no lo conocían; que fuera después al pillaje, como fué el Cura, no lo dudo; que no la intrepidez que tanto blasonan de Allende los guanajuatenses, no se vió en esta ocasión.”

“Concluida la mortandad y divertidos en el saqueó, quise irme; pero un minero y un indio me cogieron prisionero, y me llevaban al Cuartel á la presencia de su general, porque siendo Padre iba contra la fé, (esto es lo que ellos alegaban para llevarme) y por más súplicas que les hice no me permitieron el que entrara en una casa á curarme. Digo que era minero el uno, porque á los tres días fué este mismo á pedirme una limosna, y alega por mérito el haberme sacado de Granaditas.”

“Salí por encima de todos los muertos que cubrían el patio, y no se contaban hasta la esquina de Granaditas, y tan hechos pedazos estaban, especialmente las cabezas, que ni uno pude conocer, siendo cierto que los más eran amigos conocidos.”

“A poco de haber entrado en la calle de los Pocitos, me encontré con el Cura acompañado de unos treinta caballos, poco más ó menos; me entré por el medio de todos, le di mi besamanos, me conoció y dió orden me llevaran al convento: de algo me sirvió el conocimiento, pues no lo hizo así con el P. Septién que lo encerró en el cuartel. Pidió un jarro de agua á mi vista, y de ahí siguió para Granaditas.”

“Esta es la verdad de todo lo sucedido en dicho día 28 de Septiembre de 1810 en Granaditas, y como que he oído hablar á algunos guanajuatenses distintas cosas á lo que va escrito, no tiene más razón que porque se los dijeron; ni ellos son capaces de adivinar lo que sucedió en una casa cerrada. Aun algunos de los que estaban dentro han hablado muchas cosas que no sucedieron, yo no sé si lo harían por granjearse alguna estimación, ó por acreditar su valor, etc.”

1810.—29 de Septiembre.

El Sr. D. José Francisco Gómez es nombrado por Hidalgo, Intendente de la capital de Guanajuato y su provincia, y toma luego posesión de su empleo.

Otros nombramientos á más de éste se hacen por el jefe de la revolución, siendo notables el de teniente letrado y asesor en favor del Lic. D. Carlos Montes de Oca, que fué más tarde el primer gobernador del Estado; el de alcaldes cuya elección recayó en D. Miguel de Rivera Llorente y en D. José M^o Chico; el de coroneles de dos cuerpos de infantería, que lo fueron D. Casimiro Chówell, administrador de Valenciana y D. Bernardo Chico; el de secretario hecho en el Lic. D. José M^o, hijo de D. Bernardo, y el de teniente coronel en D. José M^o Licéaga que hizo un papel más tarde de primera importancia en la revolución.”

Organizado el gobierno de la provincia se ocupó el vencedor en asegurar los frutos de su victoria, estableciendo una fábrica de cañones y una casa de moneda, sobre cuyos establecimientos dice Alamán, T^o 1^o, pág. 448.) “La fundición de cañones se encargó á D. Rafael Dávalos, alumno del Colegio de Minería de México, que hacía su práctica en Valenciana y daba el curso de matemáticas en el colegio de Guanajuato. Diósele el empleo de capitán de artillería con el grado de coronel, y se destinaron á la fundación las capellanías de las haciendas de los españoles. Los cañones resultaron muy imperfectos y uno de grandes dimensiones, al que se dió el nombre de

“Defensor de la América,” casi del todo inservible. Hicieronse también algunos de madera, reforzados con aros de fierro en el exterior, que no fueron de mucho uso. Otro de los alumnos del mismo colegio que estaban en Guanajuato admitieron diversos empleos, y uno de ellos, D. Mariano Jiménez, siguió á Hidalgo, habiéndosele desde luego conferido el grado de coronel.”

“Uno de los objetos más importantes era el establecimiento de una casa de moneda, para poner en circulación la plata en pasta que había, y las que las minas continuaban produciendo. Destinóse para ella la hacienda de San Pedro, perteneciente á Don Joaquín Peláez. Entre los presos que fueron puestos en libertad á la entrada de Hidalgo, había unos que estaban procesados por monederos falsos; éstos fueron llamados para plantear el establecimiento, y un herrero joven, que había dado muestras de habilidad en el grabado en el acero, hizo los troqueles. La dirección se confió á D. Francisco Robles. Mucho honor hace á los artesanos de Guanajuato la prontitud y habilidad con que montaron el establecimiento, que en poco más de dos meses estaba á punto de comenzar á trabajar, siendo las máquinas que se construyeron, según las estampas de un diccionario de artes, más perfectas y mejor ejecutadas que las de la casa de moneda de México. Nada cambió en el tipo, pues en el sistema adoptado para la revolución, entraba esencialmente conservar el nombre del rey Fernando y el escudo de sus armas.”

1810.— 2 de Octubre.

Grande alarma en Guanajuato porque se creyó que se aproximaba Calleja: Hidalgo salió á encontrarlo por el rumbo de Valenciana, á las nueve de la noche, mandando que se iluminara la ciudad para que hubiera menos confusión en los movimientos de las tropas. Viendo que la noticia era falsa, vuelve Hidalgo á las diez y media.

1810.— 10 de Octubre.

Sale Hidalgo de Guanajuato para Valladolid, cuya ciu-

dad ocupa sin resistencia, y en donde se le hace un espléndido recibimiento.

1810.— 13 de Noviembre.

De Valladolid marcha Hidalgo sobre México, á cuyas puertas se presenta después de la batalla del monte de las Cruces, y retrocede luego por causas que no acierta bien á explicar la historia, siendo completamente derrotado en Aculco. El se retira para Valladolid y Allende para Guanajuato, á cuya capital llega en la fecha que encabeza esta efeméride.

El Intendente Gómez dispuso que se le hiciese un solemne recibimiento; y por lo mismo el Ayuntamiento y demás autoridades salieron á recibirlo, aunque no en forma de corporación. “Entró con porción de hombres á caballo, dice Alamán, (T.^o 2.^o, pág. 28,) algunos de los cuales le acompañaban desde Aculco y los más se habían reunido en los pueblos de su tránsito: llegaron también con él los demás generales Aldama, Jiménez, Arias, Balleza y Abasolo. Tratóse desde luego de poner en defensa la ciudad, para lo que dió bastante tiempo la tardanza de Calleja, que lento en sus movimientos, parecía dejar de intento renacer la revolución y cobrar nuevas fuerzas, para conservar la preponderancia que ésta le había hecho adquirir y venir á ser necesario, como desde entonces comenzó á sospecharse. La falta de fusiles y la imposibilidad de hacerlos, era la causa de que se diese por los insurgentes grande importancia á la artillería, y de su empeño para fundir mucho número de cañones en todas partes. Dávalos, que quedó encargado por Hidalgo de construirlos, había alistado veintidós, que se colocaron en diversas baterías situadas en los puntos que enfilan la entrada por la cañada de Marfil, que era por donde se suponía que venía Calleja, y teniendo éste que pasar por una garganta estrecha, tortuosa y dominada por uno y otro lado por montañas, que en algunas partes forman rocas escarpadas, esta disposición del terreno sugirió otro arbitrio de dañar al enemigo, fundado en la práctica de la minería, que es el